PERIODISMO CATÓLICO, FE QUE SE HACE CULTURA

No. 1256 / $13.00

4 de agosto de 2019 · AÑO 25

www.elobservadorenlinea.com

@observacatholic

El Observador

DE LA ACTUALIDAD

TEMA DE LA SEMANA

LOS ÚLTIMOS INSTANTES: GUÍA PARA EL BIEN MORIR

Págs. 2-6

Pocos datos se conocen sobre la vida de San José, el padre adoptivo de Jesús. Solo se le menciona unas cuantas veces en los evangelios. No obstante, la mayoría de eruditos bíblicos creen que José falleció antes de la crucifixión de Jesús. Esta creencia se debe a que José no estaba presente en el momento de la crucifixión y, en el Evangelio de Juan, Jesús le confía su madre a alguien ajeno a la familia (cf. Juan 19,27).

Teniendo en cuenta este argumento histórico, muchas tradiciones mantienen que José murió en brazos o en presencia de Jesús y María. Es una imagen hermosa, lo que ha motivado a la Iglesia a proclamar a José el santo patrono de una «muerte feliz».

San José debió haber fallecido felizmente rodeado de la esposa e hijo más afectuosos de todo el universo. (Philip Kosloski, Aleteia).

Foto: La muerte de san José, pintura de Miguel Parra (1704-1769)

DE CAMINO

JAIME SEPTIÉN

Antes del final

Erasmo escribió un libro en el cual afirmaba que la sabiduría cristiana consiste en preparar la vida para «bien morir». ¿Paradoja? ¿Es el hombre, como pensaba el filósofo alemán Martin Heidegger, un ser-para-la muerte? ¿No dice Jesús que Él vino para que nosotros tengamos vida en abundancia?

Hace poco el Beato Anacleto González Flores (1888-1927), el «Gandhi mexicano», una de las víctimas de la persecución religiosa de Plutarco Elías Calles, fue aceptado por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos del Vaticano como Patrono de los Laicos Mexicanos.

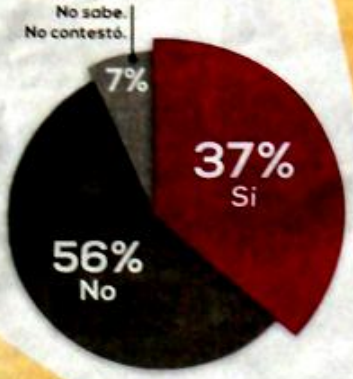
Este, el del «Maistro Cleto», es un patronazgo merecidísimo, no solo por lo que hizo en su corta e inolvidable vida de orador, periodista, animador de la ACJM, de la Acción Católica, de la resistencia pacífica contra la tiranía del gobierno o por su participación en la Liga para la Defensa de la Libertad Religiosa en México; También por lo que nos dejó al momento de enfrentar la muerte, casi desollado, masacrado por la soldadesca: «Una sola cosa diré y es que he trabajado con todo desinterés por defender la causa de Jesucristo y de su Iglesia. Ustedes me matarán, pero sepan que conmigo no morirá la causa. Muchos están detrás de mí, dispuestos a defenderla hasta el martirio. Me voy, pero con la seguridad de que veré pronto -desde el cielo- el triunfo de la religión de mi Patria».

Ese triunfo espera: está en nosotros rescatarlo. Para que México tenga vida y nuestra muerte sea como debe ser: peleando por el Reino de Dios.

¿Prepararse para el último paso?

Una encuesta realizada por el Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (IMDOSOC) en 2015 encontró que aunque 90% delos mexicanos dice creer en Dios, son relativamente pocos los que realmente creen que haya algo después de su vida terrena.

¿Cree usted en alguna forma de vida después de la actual?



En el estudio realizado en México en 2017 por la encuestadora De las Heras Demotecnia, 6% respondió que le aterra pensar en la muerte, mientras que 24% le da miedo pero no le aterra, y 69% aseguró que la muerte no le preocupa.

Diversos expertos en sociología y psicología consideran que en realidad el mexicano promedio tiene tanto miedo a la muerte que eso lo lleva a negarla riéndose de ella.Cuando un conocido o familiar, tanto si está sano como si está enfermo, intenta hablar del día final, inmediatamente se le silencia —«Cállate, ni lo menciones»— y se da por terminado el tema.

La Palabra de Dios aconseja:

«En todas tus obras, recuerda tu final, y así nunca pecarás»

(Eclesiástico 7.40).

Si no se cree en la vida eterna, evidentemente no hay preparación para la muerte: los familiares y amigos moribundos no reciben ningún tipo de asistencia para dar el último paso.

Un estudio realizado en 2012 en E.U. por la Universidad de Missouri encontró que, efectivamente, pensar y tener en el subconsciente la idea de la muerte es beneficio para el comportamiento social de las personas y saludable en la toma de decisiones.

Ésta es la peor forma de morir

La enseñanza del catecismo

• «Toda enfermedad puede hacernos entrever la muerte». (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1500)

• «Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él» (n. 1501).

• «Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con Él y nos une a su pasión redentora» (n. 1505).

• «Así san Pablo aprende del Señor que *'mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza'* II Cor 12,9), y que los sufrimientos que tengo que padecer tienen como sentido lo siguiente: *'Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia'* (Col 1,24)» (n. 1508).

• «La Unción de los Enfermos no es un sacramento sólo para aquellos que están a punto de morir. Por eso, se considera tiempo oportuno para recibirlo cuando el fiel empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez» (n. 1514).

• «En el curso de la misma enfermedad, el sacramento puede ser reiterado si la enfermedad se agrava. Es apropiado recibir la Unción de los Enfermos antes de una operación importante» (n. 1515)

• «Si el sacramento de la Unción de los Enfermos es concedido a todos los que sufren enfermedades y dolencias graves, lo es con mayor razón a los que están a punto de salir de esta vida» (n. 1523)

• «A los que van a dejar esta vida, la Iglesia ofrece, además de la Unción de los Enfermos, la Eucaristía como viático... Es semilla de vida eterna y poder de resurrección, según las palabras del Señor: *'El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día'* (Jn 6,54)» (n. 1524).

Cuando se le pregunta a la gente cuál cree que sería la peor forma de morir, las respuestas varían, pero todas llevan como medida lo que a cada uno le parece que es el mayor sufrimiento posible. Éstas son algunas de las afirmaciones más comunes: «La peor forma de morir es ahogado o quemado vivo»; «Definitivamente morir asfixiado sería lo más horrendo»; «El cáncer o el SIDA: te van consumiendo lentamente sin que nadie pueda hacer nada por ti; sufres por meses sabiendo que ya perdiste la batalla».

Sobre las mejores maneras de morir responden las personas: «Estaría bien morir por sobredosis de algún calmante, así no sientes nada»; «Mejor sería un ataque al corazón, porque sería una muerte muy rápida»; «No hay nada más deseable que fallecer mientras dormimos, así uno no sufre».

Unos cuantos llegan a manifestar una visión menos material sobre la muerte: «Lo más espantoso sería fallecer en soledad»; «El peor modo de morir es lleno de rencor y de odio».

Pero el gran deseo, irrealizable, es no tener que morir jamás. Esto es parte del instinto de conservación que Dios ha dado a todos los seres vivos, y que los impulsa a luchar no sólo por evitar la muerte, sino cualquier dolor o enfermedad porque son prueba de que el organismo está sufriendo un daño que podría poner en riesgo su existencia.

El hecho es que lo que a pocas personas preocupa es su situación espiritual, aunque ésta las puede llevar a la condenación eterna y, por tanto, a tener un sufrimiento incomparable y permanente.

No es el tipo de muerte lo que ha de determinar el destino de una persona sino su estado espiritual, que depende de su modo de vivir y de morir. Hay santos a los que Dios les concedió un dulce tránsito de esta vida a la otra; pero, por el contrario, permitió que otros de sus amigos agonizaran con terribles enfermedades o, peor aún, dejó que muchos de ellos fueran torturados y asesinados en las más sádicas circunstancias; aun así, de todos puede decirse que tuvieron una buena muerte porque fue una muerte santa.

La mala muerte, la peor muerte, no es, pues, la del ahogado o la del apuñalado, la del que fallece de hambre o de sed, o la del que muere en un hospital enredado entre tubos y cables tras meses de agonía, sino la del que muere estando lejos de Dios.

D. R. G. B.

Voz de la Tradición

• «Cuando desprecies lo que aquí parece ser la muerte, cuando temas la verdadera muerte reservada a los condenados al fuego eterno, ... entonces admirarás y considerarás bienaventurados a quienes soportan el fuego terreno por causa de la justicia»

(*Discurso a Diogneto*, **autor anónimo, siglo II)**

• «Creemos que, salidos de esta vida, viviremos otra mejor, a condición de que permanezcamos con Dios y por Dios inquebrantables y superiores a las pasiones, con alma no carnal, aun en la carne, sino con espíritu celeste; o cayendo con los demás nos espera vida peor en el fuego. Porque Dios no nos creó como rebaños o bestias de carga, de paso, y sólo para morir y desaparecer»

(Atenágoras, siglo II)

• «Si rehúsas la penitencia pública, medita en tu corazón acerca de la *gehena* que para ti ha de ser extinguida mediante la penitencia. Imagínate ante todo la gravedad de la pena, a fin de que no vaciles en asumir el remedio.

(**Tertuliano**, siglo III).

• «Resulta preferible ser castigados y purificados ahora, que ser remitidos a los suplicios del más allá, cuando sea ya el tiempo del castigo y no de la purificación».

(**San Gregorio Nacianceno**, siglo IV).

• «Son muchos los que dicen que en el futuro no habrá suplicios por los pecados..., sino que la pena consistirá en el pecado mismo, y en el tener conciencia del delito, no muriendo el gusano en el corazón... Estas persuasiones son lazos fraudulentos, palabras vacuas y sin valor, que deleitan como flores a los pecadores, pero que les infunden una confianza que les conduce a los suplicios eternos».

(**San Jerónimo**, entre el siglo V).

• «Si a los buenos les va mal y a los malos bien, quizá se deba a que los buenos, si pecaron en algo, reciben aquí el castigo para ser plenamente librados de la condena eterna»

(**San Gregorio Magno**, siglo VI).

Mitos en torno a la muerte y los moribundos

MITO 1. La muerte es una desgracia

Dios Hijo se encarnó para morir. La muerte en la Cruz era la meta, a fin de expiar por los pecados de la humanidad. Y el bautizado, siendo miembro del Cuerpo de Cristo, se ha de asemejar a la Cabeza, que es Jesucristo; por eso tiene que pasar por la muerte para alcanzar la vida eterna.

La muerte siempre es dolor: dolor por el sufrimiento físico, dolor por el sufrimiento moral y dolor por el sufrimiento espiritual. Debe ser dolor si ha de ser el medio para la última expiación en el tiempo. Por tanto, no debe entenderse como desgracia, sino como Gracia si se sabe aprovechar.

MITO 2. Nadie ha vuelto del más allá para probarnos que hay vida después de esta vida

No es algo que ocurra todos los días, pero sí llega a suceder desde tiempos de Cristo que hay muertos que son resucitados y que dan cuenta de lo que vieron y oyeron. También hay santos y místicos que, sin haber muerto, les fue mostrado el más allá: Cielo, Purgatorio e Infierno.

Incluso hay gente común que hoy vive entre nosotros y que ha experimentado la otra vida, siendo regresada por Dios a la vida terrena para que den su testimonio; por ejemplo, la odontóloga Gloria Polo o el profesional de la industria del entretenimiento Marino Restrepo. Así que nadie debería dudar de que hay otra vida después de ésta, y de que el modo en que se viva la de aquí determinará cuál es la que se vivirá allá.

MITO 3. Dios nos ama tanto que nos llevará a todos al cielo

Dios nos ama hasta el extremo y quiere que todos los hombres se salven (cfr. Jn 3, 16-17). La salvación ya está dada por Jesucristo, que la ofrece a todos; pero no salva a nadie a la fuerza. Es decir, el que desdeña la salvación y, por tanto, no se esfuerza por vivir de la manera que sabe que es la correcta, no puede entrar al Cielo (cfr. Jn 3, 18; I Cor 6, 9-10; Ef 5, 5; Ap 22,15; etc.). La misericordia de Dios se experimenta una y otra vez en esta vida; pero al morir es tiempo de experimentar la justicia divina.

Jesucristo reveló a santa Brígida: «Soy justo y misericordioso, y los pecadores sólo atienden a la misericordia».

San Basilio escribió: «Los pecadores no quieren ver más que la mitad... Bueno es el Señor, pero además es justo. No queramos considerar únicamente la mitad de Dios».

MITO 4. Cuando alguien muere después de una larga enfermedad, por fin descansa

Una larga enfermedad suele ser un don que Dios permite que el enfermo experimente, a fin de que sea purificado de sus pecados de manera que su estancia en el Purgatorio sea más breve, o bien para que pueda entrar directo al Cielo. En este segundo caso sí se puede decir que ya está descansando (cfr. Ap 14, 13). Si aún tuvo que entrar al Purgatorio, entonces su descanso aún no ha llegado, pero tiene la garantía de que finalmente llegará.

Pero si el enfermo no reconoció sus pecados, no se arrepintió, no pidió perdón a Dios y, pudiendo hacerlo, no se confesó con un sacerdote a fin de recibir la absolución, es probable que la muerte sólo haya puesto fin a los sufrimientos de su transitoria enfermedad física, esperándole ahora los sufrimientos de la eternidad.

MITO 5. La muerte es asunto personal, por eso no hay que hablarles de ella a los enfermos, aunque estén graves

Siempre habrá quien diga que eso es meterse en religión, y que cada quien tiene el «derecho» a morir como quiera. No es que sea un «derecho», pero Dios nos hizo libres. En cambio es una obligación de todo cristiano intentar salvar el alma del moribundo, porque tal vez el agonizante ha llevado una vida de pecado y vicios, y ésta sea su última oportunidad para arrepentirse, pedir perdón y alcanzar la salvación.

Otras veces es el enfermo el que intenta hablar de su partida y arreglar sus pendientes, pero son sus familiares los que entran en negación, diciéndole que no hable de morir, asegurándole que se va recuperar. En estas circunstancias el moribundo agrega a sus sufrimientos físicos el de la soledad, pues en los momentos más dramáticos de su vida encuentra que sus seres queridos están físicamente presentes pero lo han dejado totalmente solo en su preparación espiritual para la muerte.

MITO 6. No hay que llevarle un sacerdote al enfermo, porque se puede morir del susto

Cuenta el sacerdote español José Antonio Fortea que cuando él era capellán en un hospital de Alcalá de Henares vio que a los sacerdotes sólo se les llama cuando «al enfermo sólo le quedan un par de minutos de vida. Nunca nos llaman antes porque los parientes son de la opinión de que los moribundos se morirían del susto al vernos. Antes la gente se moría después de confesar, de arrepentirse de sus pecados y de prepararse para el juicio.

Ahora todos los enfermos mueren sorprendidos de que se hayan muerto». Así, «en el hospital nadie sabe que se muere. Todos viven sus postreros días sumidos en el aburrimiento, sin saber que es su último aburrimiento, sus últimas conversaciones, sus últimas siestas... Si supieran que son sus últimos días, su enfermedad no sería tan aburrida. Indudablemente sería más triste, más abatida, pero vivirían los últimos momentos con la intensidad de saber que en este mundo ya no dispondrán de otros... Indudablemente los desahuciados cristianos, advertidos de su próximo final, se llenarían de oración, de arrepentimiento, de recuerdos, de últimas palabras, de últimos consejos».

MITO 7. Mi familiar ya murió, ya no necesita nada de mí porque está con Dios

Ya comienza a desaparecer la costumbre del novenario de Misas por el difunto o, en su defecto, el rezo del novenario de Rosarios. Incluso hasta la Misa de cuerpo presente llega a omitirse. Se cree que el difunto ya no necesita nada.

Pero considerando que, tal como Dios ha revelado a santos y místicos, la inmensa mayoría de los que se salvan pasan por la dolorosa y a veces muy prolongada purificación del Purgatorio, eso significa que las almas de los difuntos (Iglesia purgante) están grandemente necesitados de la intercesión de los vivos (Iglesia militante) mediante Misas, Rosarios, otras oraciones, ayunos, sacrificios, e indulgencias plenarias o parciales. Como sólo Dios sabe cuáles son las circunstancias exactas de cada uno de los difuntos, hay que seguir pidiendo por ellos al menos por un tiempo, mejor aún de por vida.

Redacción

Pasos básicos para morir bien

1 NO TE REBELES CONTRA DIOS

Si tú o un ser querido se encuentran cerca o a las puertas de la muerte, no actúes con rebeldía contra Dios por esa situación. Es el Adversario quien nos sugestiona a fin de oponernos a la voluntad divina.

Siempre hay que buscar el remedio médico necesario para combatir las enfermedades, pues el Señor nos dio un cuerpo que debemos cuidar. También hay que orar insistente y santamente pidiéndole a Dios Padre a imitación de Cristo Jesús: *«Padre, si es posible, que pase de mí (o de mi ser querido) este cáliz. Pero no se haga mi voluntad sino la Tuya»*. Mas si la salud no llega o la situación mortal no desaparece, hay que aceptar, pues, la voluntad del Creador.

En Cristo la muerte ha perdido su poder, ha sido derrotada; por ello los cristianos esperamos la Vida Eterna y, en el Juicio Final, la resurrección de los muertos.

2 SIEMPRE TEN PRESENTE QUE MORIRÁS

Como nadie sabe cuándo va a morir, debemos recordar constantemente nuestro fin terrenal, sin olvidar que seremos juzgados por Dios inmediatamente. Ese primer juicio o juicio particular consistirá en que se nos mostrarán todas las acciones que realizamos en la vida, así como las consecuencias que cada una de ellas produjo; veremos el estado de nuestra alma sin maquillaje, en la verdad absoluta.

Por tanto, hay que prepararnos, e igualmente ayudar a nuestros seres queridos a prepararse; y eso sin importar nuestra edad o si tenemos una estupenda salud. Por ejemplo, se puede hacer a diario esta oración dicha de todo corazón:

«Señor Jesús, ahora que tengo tiempo, ayúdame a convertir mi vida. Señor Jesús, no seas mi juez; más bien, sé mi Salvador y Redentor».

3 COMBATE LA MUERTE ESPIRITUAL

Evita a toda costa la muerte espiritual, que no es otra cosa que el pecado mortal. Si uno muere en pecado mortal experimentará lo que el Apocalipsis llama «la segunda muerte», que es la pérdida eterna del alma por toda la eternidad en el Infierno.

Ahora bien, si caes en pecado mortal, levántate inmediatamente haciendo una buena confesión. No dejes pasar las semanas, porque se volverán meses y luego años, y entre más tardes en acudir al sacramento de la Confesión, más trabajo te costará y más te hará creer el Tentador que no tienes ningún pecado grave.

Hoy puede ser muy difícil encontrar a un sacerdote que tenga tiempo para confesar; hay templos donde si acaso una vez al mes hay confesiones programadas; pero insiste aunque tengas que recorrer muchos templos. Será todavía más difícil conseguir un confesor para un ser querido que esté postrado en cama; pero no desistas.

4 ORA Y HAZ PENITENCIA

No descuides la oración diaria, y tampoco la penitencia frecuente, tanto por ti como por tus seres queridos, y especialmente cuando alguno está muy enfermo.

Si es posible, trata de que el enfermo ore un poco contigo, aunque ya sólo pueda hacerlo con muy pocas palabras.

5 ENFRENTA LA ÚLTIMA BATALLA

Ya sea que tú o tu ser querido estén por morir, debes saber que en ese momento el demonio puede desplegar toda su rabia. Dios permite esto para mérito de las almas. Las personas que en vid amaron a la Virgen reciben espe ciales ayudas de Ella en estas ci cunstancias últimas.

6 AYUDA A BIEN MORIR AL MORIBUNDO

Si te lo pide, hazlo; y si no te l pide, ofréceselo. Para esto últim lo mejor sería estar a solas con moribundo, y si no sabe rezar o n se acuerda, hay que enseñarle ayudarle a orar. En el caso de qu no puede hablar, o incluso si pare ce que no está despierto, puede decir estas oraciones en su oid en voz alta, esperando que él la haga suyas:

- *Jesús, José y María, os doy corazón y el Alma mía.*
- *Jesús, José y María, asistidm en mi última agonía.*
- *Jesús, José y María, de canse en paz mi Alma, en vuest compañía.*
- *¡Señor, pequé! ¡Perdón y m sericordia para este pobre pecad*
- *Jesús, Redentor mío, me ar piento de todos mis pecados, p dono a todos los que me han ofe dido... pido perdón a todos los q yo he ofendido.*
- *Sangre de Cristo, purifica de todas mis culpas. Amén.*

El padre Jorge Loring reco mendaba este brevísimo acto d contrición, diciendo al oído del mo ribundo: *«Dios mío, perdóname»* Se recomienda hacerlo tres veces En caso de un accidente u otra tra gedia imprevista, puede que sea la más rápida y quizá la única mane ra de ayudar a morir a un herido. Y para la vida personal conviene hacer todas la noches este acto de contrición por si la muerte impre vista llegara mientras dormimos.

Redacción

Suscríbete

Recibe El Observador en la puerta de tu hogar u oficina **suscribiéndote** al 2 14 18 42 y 2 24 14 54
De lunes a viernes de 9:00 a 15:00 hrs con Paty Flores

El Observador

Devociones que rendirán fruto en el final

Dios constantemente ofrece a los hombres remedios para que la muerte del cuerpo no signifique también la muerte del alma. Así, a lo largo de los siglos, ha entregado promesas a sus hijos, ligadas a ciertas devociones que a veces son tan sencillas que denotan la inmensidad del Amor divino, que *«quiere que todos se salven»* (I Timoteo 2, 4). Una de ellas, bien hecha, puede ser determinante para los últimos instantes de una persona.

LA SANTA MISA

Jesucristo reveló a santa Gertrudis que a la hora de la muerte el consuelo más grande del alma consistirá en las Misas bien oídas en vida. La Misa, según el fervor con que se asiste, puede disminuir la pena temporal debida por los pecados. Una Misa bien oída durante la vida es de más provecho al alma que muchas que se ofrecieran para su reposo después de la muerte.

LA PRÁCTICA DE LAS TRES *AVEMARÍAS*

Santa Matilde, religiosa benedictina, suplicó a la Santísima Virgen que la asistiera en la hora de la muerte. La Virgen María le dijo:

«Sí que lo haré; pero quiero que por tu parte me reces diariamente tres *Avemarías*.

«La primera, pidiendo que así como Dios Padre me encumbró... haciéndome la más poderosa en el Cielo y en la Tierra, así también yo te asista en la Tierra para fortificarte y apartar de ti toda potestad enemiga.

«Por la segunda *Avemaría* me pedirás que, así como el Hijo de Dios me llenó de sabiduría, en tal extremo que tengo más conocimiento de la Santísima Trinidad que todos los santos, así te asista yo en el trance de la muerte para llenar tu alma de las luces de la fe y de la verdadera sabiduría, para que no la oscurezcan las tinieblas del error e ignorancia.

«Por la tercera pedirás que así como el Espíritu Santo me ha llenado de las dulzuras de su amor, y me ha hecho tan amable que después de Dios soy la más dulce y misericordiosa, así yo te asista en la muerte llenando tu alma de tal suavidad de amor divino, que toda pena y amargura de muerte se cambie para ti en delicias».

EL ESCAPULARIO CAFÉ

El 16 de julio de 1251 la Virgen María entregó a san Simón Stock, superior general de los carmelitas, el escapulario café, prometiendo para aquellos a quienes se los coloque un sacerdote: «El que muriere con el escapulario no padecerá el fuego del Infierno».

O sea que la intercesión de la Virgen a través de este sacramental es para que, quien está en Gracia, persevere hasta el final en ella; y para quien la ha perdido, reciba una ayuda particular para que se arrepientan verdaderamente de sus pecados aunque sea en los últimos momentos de su vida.

En el año 1322 la Virgen reveló al Papa Juan XXII esta segunda promesa: «Yo, Madre de misericordia, libraré del Purgatorio y llevaré al Cielo, el sábado después de su muerte, a cuantos hubiesen vestido mi escapulario».

PROMESAS A QUIENES RECEN EL ROSARIO

Entre las 15 promesas o revelaciones que la Virgen María hizo a santo Domingo de Guzmán para quienes recen frecuentemente y con devoción el Rosario, figuran éstas:

«Quien rece el Rosario devotamente... no tendrá una muerte violenta, y si es justo, permanecerá en la Gracia de Dios, y tendrá la recompensa de la vida eterna... Aquel que sea verdadero devoto del Rosario no perecerá sin los sagrados sacramentos... Mi Hijo me ha concedido que todo aquel que se encomiende a mí al rezar el Rosario tendrá como intercesores a toda la corte celestial en vida y a la hora de la muerte».

COMUNIÓN EN NUEVE PRIMEROS VIERNES DE MES

Cristo prometió a santa Margarita María de Alacoque que su Sagrado Corazón «concederá a todos aquellos que comulguen nueve Primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final: no morirán en desgracia Mía, ni sin recibir sus sacramentos, y mi Corazón divino será su refugio en aquél último momento».

COMUNIÓN REPARADORA EN CINCO PRIMEROS SÁBADOS DE MES

La Santísima Virgen dijo a Lucía de Fátima el 10 de diciembre de 1925: «Yo prometo asistir en la hora de la muerte con las gracias necesarias para la salvación a todos los que en el primer sábado de cinco meses consecutivos, confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte del Rosario y me hagan compañía durante quince minutos, meditando los misterios del Rosario, con el fin de ofrecerme reparación».

CORONILLA REZADA JUNTO A LOS MORIBUNDOS

El viernes 13 de septiembre de 1935 Jesucristo le enseñó a santa Faustina Kowalska el rezo de la Coronilla de la Misericordia y le prometió: «Quienquiera que la rece recibirá gran misericordia a la hora de la muerte»; «Mi misericordia la envolverá en vida y especialmente a la hora de la muerte». El Señor además hizo esta magnífica revelación:

«Cuando recen esta coronilla junto a los moribundos, Me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como el Juez justo sino como el Salvador misericordioso».

EL VIA CRUCIS

Al hermano lasallista Estanislao José le fueron reveladas por Cristo 14 promesas del *Via Crucis*, entre ellas: «Yo prometo la Vida Eterna a los que, de vez en cuando, se aplican a rezar el *Via Crucis*... y si estos devotos llegasen al Purgatorio, Yo los libraré de ese lugar de expiación, el primer martes o viernes después de morir... A la hora de la muerte no permitiré que sean sujetos a la tentación del demonio: así podrán reposar tranquilamente en mis brazos».